

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Tengo un gran problema: no sé de qué voy a escribir el *querido diario* para el *fem* de este mes. No tengo un tema. No me ha pasado nada especial.

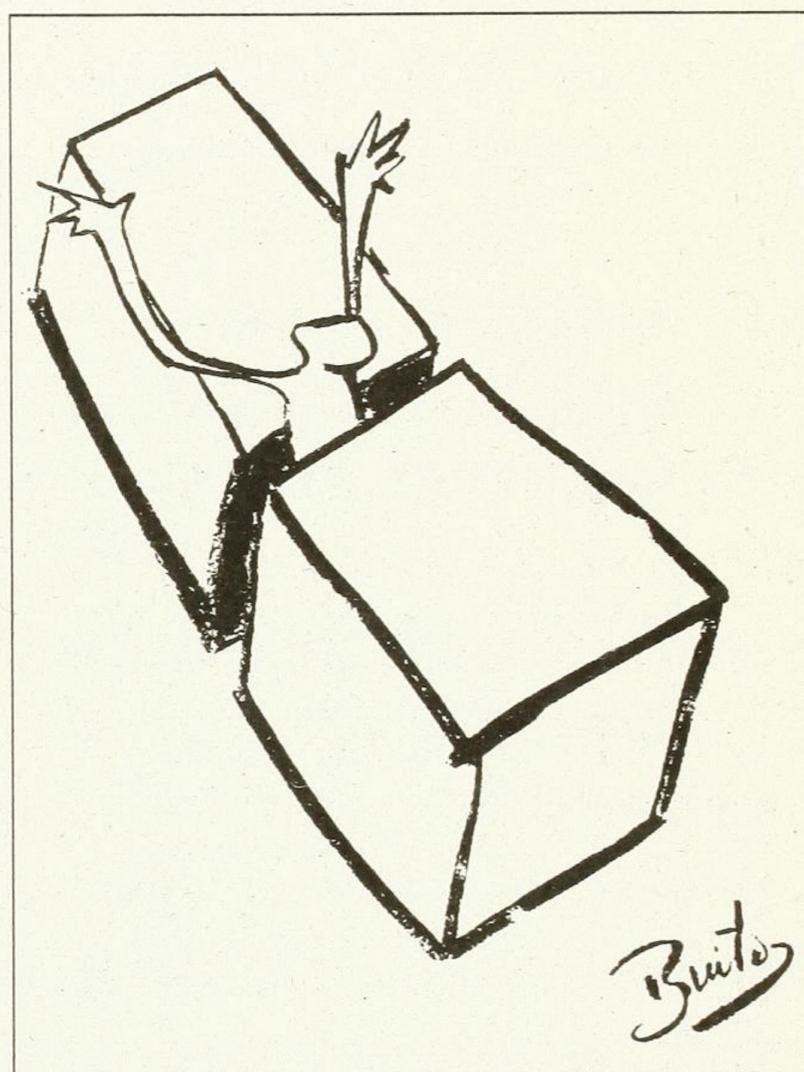
Este principio de año ha estado muy brusco. Se me ha venido encima muy rápido muy violentamente ya estoy metida en el trabajo, después de las vacaciones tan tranquilas y caseras que pasé.

Intento pensar en algo digno de ser contado. Nada. Pura repetición de temas. Como por ejemplo el libro que leí. No me encantó muchísimo, pero tiene algunas cosas interesantes... Se llama "Vivir los cincuenta". Lo escribió Colette Dowling, aquella vieja feminista que hace como quince o veinte años publicó "El complejo de Cenicienta", y que mis amigas y yo leímos con fruición. Aprendimos entonces que más nos valía intentar volvernos autosuficientes, sobre todo en lo del dinero. Que rompiéramos con esa maldición femenina de estar esperando, soñadoras, que alguien nos viniera a rescatar de la pobreza y del fogón.

Bueno, "aprendimos" es mucho decir. Lo entendimos y lo hemos estado intentando, sin acabar de lograrlo del todo. De las mujeres de mi edad que son mis amigas, sólo una o dos son perfectas y puramente autosuficientes en lo económico. Porque a ver, ¿se cuentan las herencias recibidas? ¿Se cuentan los apoyos de los ex?

Hoy, muchas mujeres norteamericanas de las que fueron militantes feministas en los setentas, están cumpliendo cincuenta años, poco más o poco menos. El nuevo libro de la Dowling habla de esta etapa.

Yo me lo compré como parte del doctorado personal intensivo sobre la menopausia



que estoy estudiando. (¿Cuántos años durará? ¿Cuántos textos voy a escribir sobre lo mismo?).

En este libro viene todo un capítulo sobre el cuerpo, la salud, la menopausia, la sexualidad, las hormonas. Está bien: muchas cosas ya me las sabía, pero otras fueron novedad. Me irritó un poco la autora porque regaña a las "feministas" que durante años y años han luchado furibundas en contra de las terapias de reemplazo hormonal. A ella sí le parecen bien, y cree que tienen mucho más ventajas que riesgos para la mayoría de las mujeres.

Supongo que tiene razón. Ya son otros

tiempos. Yo misma he llegado a convencerme y creo que le voy a entrar a los estrógenos combinados con progesterona. Tengo cita con el doctor dentro de dos semanas. Lo que no sé es si ya la debo comenzar o cuándo. A ver qué me dice.

Pues escribiendo, escribiendo, ya llevo cuartilla y media con lo de este libro. Ya mejor me sigo.

Los capítulos peores, los que me golpearon e hicieron sufrir de veras, son los que se tratan 1) del dinero, y 2) de los padres viejitos. Estos dos capítulos están muy relacionados.

El del dinero se resume en una pregunta muy simple: Tú, mujer liberada, ¿sigues siendo Cenicienta, o estás ahorrando una lana para tu vejez?

El de los padres viejitos está todavía más tremendo. Conozco a varias mujeres que lo viven en vivo. La idea es ésta: que, alrededor de los cincuenta y tantos años, las mujeres creen que "ya acabaron" de trabajar. Los hijos ya se fueron, o se están yendo. Ya son independientes. Muchas de ellas empiezan a pensar, como adolescentes, "¿qué hare, qué hare?" Tienen, finalmente, tiempo para ellas. Deciden iniciar cosas, proyectos largamente deseados, por fin voy a poder. Algunas ya lograron jubilarse de sus trabajos. Se sienten bien, fuertes y saludables (están tomando sus estrógenos con progesterona). Y zas. De repente, su madre viuda. O le da una embolia. Su suegra no puede vivir sola, porque está muy malita. Y entonces, ahora se trata de cuidar o de apoyar a la otra generación (que cada vez vive más años, sobre todo las mujeres). Y, ¡oh, hilo negro! ¿Los varones le entran a este apoyo físico, económico, emocional, doméstico, médico? ¡No, señoras y señores! Casi no.

Para muchas mujeres este cuidado significa tantas horas, que equivale a otra chamba. Y claro, sin paga y sin reconocimiento. Y luego, ya sabes, la utopía, la exigencia de siempre: que la sociedad se haga cargo de los ancianos. Que hubiera programas gubernamentales de ayuda, en serio, para los viejos. Que no pese todo, una vez más, sobre las mujeres.

Yo toco madera y me muerdo la lengua porque mi situación es diferente. Mi papá ya se murió y mi mamá está muy bien, bendito sea Dios. Y me siento culpable de que ni la cuido mucho ni la apoyo tanto económicamente... Pero ella ya sabe que cuando se necesite, un catrecito en mi cocina no le ha de faltar.

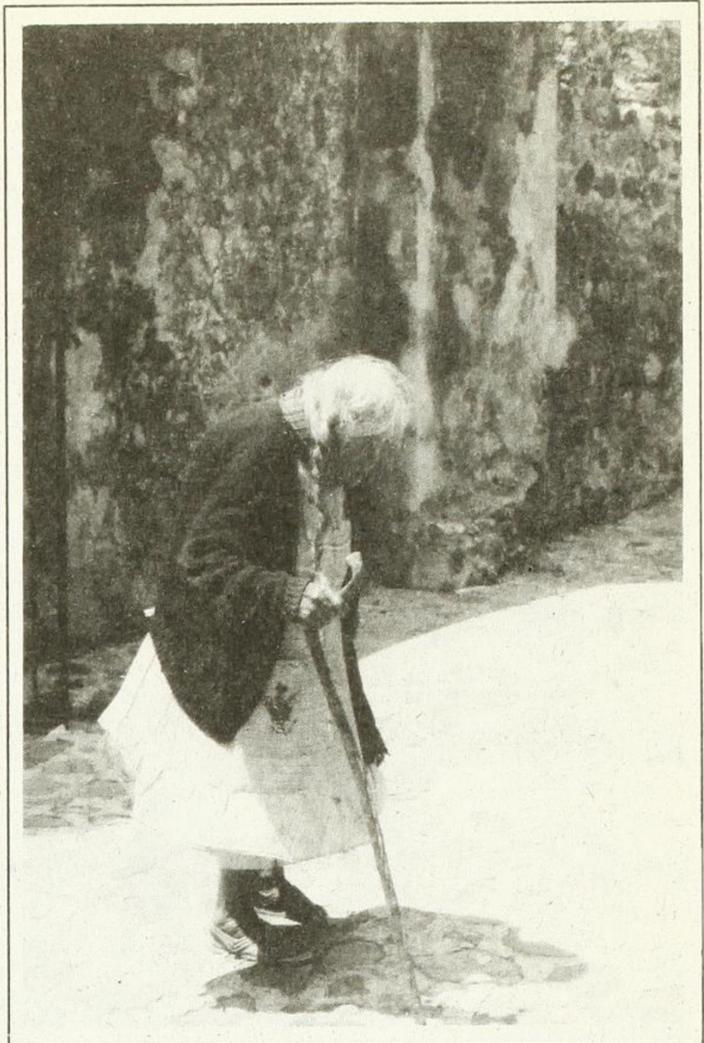
Por otro lado, el libro no deja de ser

gringo. Ya ves que allá se usa mucho eso de los asilos. Y aún así, las hijas son las que visitan a los viejos, los sacan a pasear, les dan terapia de apoyo, les compran lo que se necesita, hablan con los doctores, etc. En México es diferente. Y creo que tal vez es mejor.

En México somos más pobres. Cuál ahorro para tu vejez, si con muchos trabajos la lana se te va en sobrevivir día con día. Y si es necesario, mejor te traes a la abuelita a tu casa -o te vas a vivir a su casa-. Compartes lo que hay, porque donde comen dos comen tres.

Y luego resulta que las abuelas son más apoyo que estorbo. Porque las viejas mujeres bien que trabajan ayudando en la casa; guisan maravillas, cuidan a los nietos. Aunque claro que no es lo mismo setenta que noventa años. No es lo mismo una viejita sana que una inválida. No es lo mismo una anciana sabia y cariñosa que una horrible vieja amarga, fregona e impertinente.

Y sin poderlo evitar, vuelvo a acariciar la fantasía de nuestro "Parque Jurásico". Chance y nos sacamos el Melate. Hemos de poder, las amigas y amigos -tal vez primos, hermanos- de la misma edad, vivir juntos en la vejez. Que nos vengán a visitar los hijos y los nietos algún domingo. Pero los demás días, acompañarnos unos a otros con las mismas pláticas y los mismos recuerdos y los mismos chistes, con nuestra gran biblioteca común, con nuestro aparato de sonido en donde oiremos las viejas canciones, con nuestras barajas en las manos artríticas, con nuestro salón con televisión y cantina y bastantes ceniceros y algún tanque de oxígeno, y con cocinera, doncella, enfermera, cargador y chofer de planta. Cómodamente, yo creo que en esta casa podríamos caber unas ocho o diez personas, y nada más sería cosa de quitar los escalones del pasillo y construir unas rampitas... 



Rosa Ofelia Murrleta